***Vexilla regis prodeunt inferni****.*

*“Las insignias del rey del infierno avanzan”*

Jimena era una real hembra de jaguar. Como tal, se resistió a mi asedio bobo, bestial, de más que lobo. Una jaguara manchada y sin mancha hasta que, gallo espolonado, llegué yo.

Cuando tenga los años de la *rosa* -reina madre-, la joven *Jaguara* podría llegar *a comérsela*. Estoy seguro de que será igual de irresistible; un atractor cuántico. Adquirirá parecido bouquet… en un puntito más dócil y manso. Bravía en extremo, si la fuerzas; leche hervida, si primoroso la conduces, atento a sus pálpitos.

Los varones rezarán a sus pies. Morirán del placer de contemplarla. Seguramente -por la hondura y el carácter indómito que tiene- el exceso de requiebros masculinos que la soberbiarán y los hombres, que la herirán con sus hechizos -que los tenemos-, el girasol que es hoy, acabará generando espinas y mutando a rosa. Metamorfoseará a segunda Scherezade. La crisálida perderá las alas de la inocencia. Se agusanará o convertirá en mantis religiosa; araña, manipulando y matando machos a traición con hilos de seda. Ojala que no suceda

El amor entre los dos se dio porque ella había visto “Lo que el viento se llevó”. Por dentro se sentía, y con razón, Scarlata O´Hara. Se topó conmigo, un psicólogo escupido de la sociedad. A la sazón, su Rhett Butler particular por obra y gracia de Cupido. Resistió durante meses un asedio personal poético. Un continuo fuego de masculinidad en su portal. Tenía una feminidad propia de *mayo reventón* [[1]](#footnote-1) digna de un Sultán, que ni ella misma podía sujetar. Físicamente, Sophía Loren.

Como anécdota científica de aquél romance, tengo que decir que empezó y funcionó una relación casi inverosímil entre un hombre, llegando a los cincuenta, y una mujer de veintitrés, gracias, pienso, a que desde el principio de mis mensajes apliqué concienzudamente, en su redacción, la Programación Neurolingüística que, por aquél entonces, acababa de aprender. Día a día, podía comprobar cómo, efectivamente, producía los efectos por mi deseados y buscados. Ver para creer. No fantaseo.

Claro, que también me ayudaron varios factores extras. Le habían dicho:

*-Es un buen partido. Buen psicólogo y profesor. Sin vicios conocidos aparte de la poesía. Y ya le ves, sano como una manzana. Cuidado con él, es un mujeriego.*

Los otros factores que contribuían eran que estaba lejos de su entorno; con un novio al parecer algo “distraidito” de ella, tras años de relación y quizás con otra relación, a la vista de lo poco que venía a verla. También, que tiene un manera cariñosa de ser, sensible a las palabras bonitas y yo las sé utilizar porque soy un romanticón; una mezcla de buen gorrión y Maquiavelo cuando una mujer me encandila, que son pocas: las buenas, para qué voy a andarme por las ramas.

Economista, su llegar a la Secretaría de la Uni era espectacular. Cerca de 1.70 de estatura. Morena como la luna. Un pelo de cabalgar a pelo. Los ojos marineros de Madagascar; azules, topacios, esmeraldas… Los colores, todos, brillando a la par. La boca de Dios en fresa, abultada y amarfilada. La risa en ojos y comisuras. Pechos como estandartes. Pantys de lycra marcando líneas, curvas, montes…¡y hoyos! Un culazo perfecto y un muslámen idéntico. Color natural por doquier. Un estilazo de jóvenes ropas. Cálida y tierna. Muy buen rollo. Trabajadora… En fin, imposible resistir.

Narro unos hechos tan intranquilos como hermosos. Empezó a principios de Febrero. No fue un camino de rosas. Costó lo inimaginable. Pude hacerlo al estar mi autoestima por las nubes después de mis éxitos con otras mujeres y porque, de la última, paradójicamente, estaba enamorado, lo que me permitía jugar relajadamente con *la jaguara;* sacar lo mejor de mí y lo peor suyo. No estaba agobiado en lo psíquico, sólo en lo físico. Supongo que se notaría.

Mantuve una lucha sin cuartel de varios meses contra un noble jaguar. Halagada y encantada por mis atenciones, se resistía a claudicar y si lo hizo al final, en parte fue a modo de agradecimiento; y en parte, porque la embauqué y, tal vez, porque quiso probar una experiencia inusual.

Fui *un burro* literalmente hablando. No llegué a captar, o desprecié, los terribles conflictos emocionales a las que se vio sometida por sentir atracción por mí y actuar yo como actuaba. Los dos, trapecistas sin red. Tanto me gustaba y deseaba que no la di tregua. No respeté sus tiempos, su situación y dudas… Simplemente, la acosé y -como se verá- la forcé, pese a que Jimena también lo deseara por momentos. Estuve a un paso de la denuncia por violación. Llegó a sentirse sucia -una puta, en palabras suyas- por acostarse conmigo teniendo novio.

Destrocé sus esquemas de mujer española. Por mucho que la juventud no haga ya dramas con la sexualidad. Todo estaba en contra, incluyendo mi edad, el qué dirán de la Facultad, padres, novio, amigas…Era más de lo que podía soportar. Fue como es: natural. Valiente a la fuerza. Casi seis meses le costó aceptar que me quería hasta para hacer planes de futuro conmigo: matrimonio, hijos…

¡Ah, el amor! Cuando te toca es implacable. La rendición fue total. Lo que tuvo que aguantar. Una doble relación mía y suya. ¡Qué sé yo! Como siempre, lo hice fatal. Un elefante en un supermercado. ¿Qué culpa tengo de ser un *tenedor* en tierra de sopas? Y mujeres como ésta, de las pocas *cucharas* que se encuentran en un país de cocineros.

Estaba convencido, por sus reacciones ambivalentes, que acabaría “queriendo lo mismo que yo”. Actué siempre seguro de mi objetivo y sin ocultárselo. Explícitamente, le decía lo que quería con un discurso romántico y liberal. Ella, que no y que no… que ni pensar. Yo, erre que erre.

Digamos que me aproveché de su soledad en el sentido de que podía acompañarla hasta su casa en bus -media hora de viaje- a sabiendas de que no tenía a nadie aquí. Su buenísima actitud, templada, templada, y paciente hasta lo inverosímil; nunca un mal gesto. Me ayudó mogollón. Aún, la quiero.

1. Una hembra en la plenitud [↑](#footnote-ref-1)